

Psicología de la histeria

Por ENRIQUE GUARNER

TODOS conocemos a personas, principalmente mujeres, en las que el elemento que más sobresale de su personalidad es la falta de mostrarse auténticos frente a los que le rodean. Como resultado de ello representan papeles abultados, no sólo delante de los demás sino de sí mismas, queriendo demostrar que valen más de lo que merecen por sus aptitudes y capacidades, o por su origen y posición social. Aunque lo anteriormente descrito sucede en otros individuos, es en los histéricos en donde el fenómeno adquiere un tinte especial, porque la pretensión se deriva de su insuficiencia frente a la vida real. En el fondo las personas con estos rasgos de carácter carecen de fe en sí mismas y en sus fuerzas, por lo que tratan de compensar la debilidad recurriendo a una existencia ficticia.

Resulta frecuente observar cómo muchas histéricas adoptan trabajos poco satisfactorios como son el de institutrices, amas de llaves o prostitutas demostrando con ello una inferioridad. De la misma manera determinadas enfermedades orgánicas de larga duración condicionan esta conducta, como vemos en epilépticos, personas que sufren esclerosis en placa o reumatismo crónico. El histerismo de una madre puede reflejarse en los hijos cuando se les da una educación esmerada, demasiado escrupulosa o prohibitiva, la cual cultiva una personalidad que tiende a la exageración y falta de autenticidad.

Entre los rangos más comunes de la histeria se halla el egoísmo. Podemos afirmar que todos los seres humanos lo somos, pero nunca de forma exclusiva y permanente, cuando se tiene este carácter la idea de ser ensalzado y engrandecido da lugar a una tremenda desconsideración con los demás. Por ello todo histérico convierte en enemigo mortal al que no se desvele por sus intereses. Siempre se exagera el cariño que demuestra y a veces se realizan actos en favor de la colectividad para que se les elogie, pero cuando no sucede lo anterior se abandona la generosidad demostrando lo poco arraigado que se encontraba el afecto. Esta es la razón por la que numerosas histéricas cuidan a los enfermos graves ejerciendo su superioridad y buscando que se les catalogue como donantes.

Otro aspecto que vemos con frecuencia es una religiosidad fingida, pretendiendo que se las distinga de la masa de creyentes, o bien, pretenden haber sido elegidas por Dios para ayudar a los más necesitados hasta que son colocadas en una posición menos elevada en el escalafón y abandonan todo esfuerzo afirmando que no se les reconoció su importancia. Tampoco es raro hallar histéricas que

gozan con el descubrimiento de las desgracias ajenas, chismeando sin cesar en otras vidas. En cuanto tienen los datos que querían surgen las intrigas y a veces llegan a escribir anónimos para darse a conocer.

Durante el tratamiento psicoanalítico por algún tiempo se venera al terapeuta, pero en cuanto éste deja de someterse a sus deseos se desata el odio injuriándolo sin cesar. Habitualmente las histéricas pretenden que su relación con el psicoanalista es personal e íntima, o por lo menos pretenden que las demás personas lo crean así. En otras palabras, los afectos son lábiles y se desencadenan con gran facilidad exagerándose tanto el trabajo como las diversiones, el amor o el odio, el dolor o el placer, la alegría o la tristeza, el agrado o el asco, pero ninguna de estas emociones perdura porque de inmediato cualquier estado de ánimo se transforma en lo opuesto.

Las histéricas gozan narrando situaciones tormentosas entre las que figuran las penalidades. Estas se desencadenan después de alguna desgracia, provocando llantos o lamentos y depresiones fingidas. De la misma manera al triunfar se produce un ataque de euforia, vehemente gritos felices que no son más que respuestas para que no aparezca una actitud tibia.

Con cualquier persona del sexo opuesto la histérica erotiza lo que ocurre. Lo anterior se deriva de su frustración sexual puesto que en la infancia se les hizo creer que se casarían con un príncipe azul y el marido que consiguieron nunca se aproxima al anhelado. Por ello la histérica dedica la mayor parte de su vida a la seducción y al coqueteo. Sin embargo, en el momento en que se confrontan con la pareja huyen o cuando se verifica el acontecimiento se odia a la figura masculina disminuyéndolo en cuanto a su habilidad sexual.

La histeria es más frecuente en la mujer que en el hombre porque ella depende del varón en el coito y además no abandona el clítoris por la totalidad de la vagina. El sexo es vivenciado como peligro y vemos que cuando se realiza surge un exceso de teatralidad.

Orígenes de la histeria
Debemos distinguir en este artículo la conversión que veía Freud a principios de este siglo y aquello que podemos denominar el carácter histérico, tan frecuente en el mundo que nos rodea. Para que suceda el fenómeno conversivo hay siempre que considerar el desplazamiento que tiene lugar en el cuerpo humano para manifestarse sexualmente. Es por ello que surgen imágenes inconscientes y la represión de los mismos encuentran expresión en las alteraciones físicas, como son las parálisis, los temblores o la misma ceguera. Los ataques convulsivos histéricos no son otra cosa que la pantomima del acto sexual y

cuando surgen dolores tenemos que pensar en excitaciones placenteras inhibidas.

Por otra parte, el carácter histérico que describí aquí en detalle es una alteración morbosa de la personalidad consistente en un modo anormal de reaccionar del YO. Es por ello que Karl Jaspers encontró la fórmula de la histeria como "una necesidad de aparecer más de lo que se es, un aumento de la labilidad afectiva, el predominio de la fantasía sobre la realidad y una invasión de los caprichos y del egoísmo".

Para Sigmund Freud, la histeria no es otra cosa que impulsos sexuales reprimidos desde la infancia y fantasías inconscientes que permanecen dentro de nuestro ser. Por ello la histérica es demandante y busca más que nada el sobresalir ante su terrible frustración.